

GIORGIO DE CHIRICO, EL VIAJE ANGUSTIADO

Nunca me había despertado con una sensación tan extraña. La luz de la luna se filtraba por las rendijas de mi habitación. No se oía absolutamente nada, ni dentro ni fuera, en la calle. Lo segundo fue una lucidez de cristal, impropia de quien acaba de salir de un sueño profundo.

La luz de la lámpara de la mesilla no se encendió; tampoco el foco del techo. Sólo tinieblas. Fue la primera vez que comprendí lo que estaba pasando. Mi memoria era limitada. Había perdido mis señas de identidad. Los sentimientos más sencillos habían huido.

Abrí la persiana y a la luz blanca de la luna pude fijarme en algunos detalles. La estancia estaba como siempre. Los objetos en su sitio: la cama arrimada a la pared; encima, la estantería de tres cuerpos repleta de libros, enfrente, los cuadros y las jarras de cerámica. Los instrumentos musicales, que había adquirido durante mis viajes, seguían colgados de los soportes metálicos. La ventana del balcón brillaba a la izquierda.

Tuve la certeza de que un tiempo prolongado, impensable, había transcurrido desde que me acosté. Una espesa capa de polvo cubría los objetos: mi mesa de trabajo, las puertas y cajones del armario, la ropa colocada encima de una silla, mi cartera de cuero, la funda de las gafas... Por debajo de la puerta, todavía cerrada, se veía la capa intacta de un polvo ceniciento.

Sacudí la ropa y me vestí lentamente. Atravesé el pasillo central de la casa dejando las huellas marcada el suelo de baldosa. Directamente me dirigí a la puerta de salida. Me costó mucho abrirla. La llave, que dejo puesta por seguridad todas las noches, parecía oxidada. Tras lanzar varios gemidos quejumbrosos cedió. La escalera, tal y como me imaginé, estaba desierta, pero no solitaria por las altas horas, sino definitivamente abandonada.

Comprendí que por mucho que llamara a las puertas (los timbres no sonaban) nadie saldría a recibirme.

El ascensor no se movió. Bajé lentamente por la polvorienta escalera exterior. La calle era la misma pero el tiempo había hecho estragos. Anduve por la ciudad durante más tres horas. Plazas solitarias, torres sin sentido, extraños soportales, luces sin colores, sombras sin sol, nubes inmóviles carentes de forma; caminos que se pierden en caminos, peces muertos en las fuentes, ventanas que reflejan muros derribados, crepúsculos imposibles, ladrillos de contornos misteriosos, bóvedas sin propósito, arcos anteriores al hombre, suelos ajedrezados junto al mar, estatuas de caballos ciegos, cuarteles abandonados en un horizonte verde, estaciones de trenes que nunca parten, borbotones de un humo inextinguible, casas levantadas en estancias cubiertas y jardines que florecen en oscuros pasadizos... Nadie.

Únicamente cuando me dirigía a las afueras de la ciudad, hacia el río de anchas orillas, comprendí que la soledad espectral que me rodeaba sería mi eterna compañera.